



EUREKA

# Inteligencia IA: entre datos y algoritmos

Por Lisvany Martín Rodríguez  
Foto: Tomada de Internet

Si decimos que podría considerarse uno de los temas del momento, cuyo desarrollo ha impulsado cambios relevantes en todos los sectores, no será difícil deducir que hablamos de la inteligencia artificial (IA en español o AI por sus siglas en inglés). Aunque esta tecnología ha alcanzado su mayor auge en los últimos años, su génesis se remonta al siglo pasado e, incluso, a investigaciones previas que le abrieron el camino.

En 1950, el matemático y lógico inglés Alan Turing, padre de la computación moderna, publicó el ensayo *Computing machinery and intelligence* (Maquinaria computacional e inteligencia). Conocido como test de Turing, el método propuesto por el científico es una herramienta de evaluación de la capacidad de una máquina para exhibir un comportamiento inteligente similar al del ser humano o indistinguible de este, uno de los estudios precursores de la IA.

Más adelante, en el año 1956, el informático estadounidense John McCarthy acuñó por primera vez la expresión inteligencia artificial. Lo hizo en el que se considera el evento germen de esta disciplina como campo de actividad: la Conferencia de Dartmouth, celebrada en la universidad Dartmouth College, de Estados Unidos. Durante las décadas siguientes, las expectativas fueron muy altas y no pudieron cumplirse, por lo que se ralentizó drásticamente el progreso de la IA.

De acuerdo con especialistas de la Escuela de Posgrado de Salamanca, en España, con el incremento de la potencia computacional en los años 90 y 2000 aparecieron nuevas técnicas como el aprendizaje automático (*machine lear-*

*ning*). Sobre la base de esta tecnología, las máquinas aprendieron patrones a partir de grandes cantidades de datos, lo que permitió el desarrollo de sistemas útiles en áreas como el reconocimiento de voz o la predicción de tendencias.

En los años más recientes, los modelos generativos han constituido uno de los principales avances de la IA. Su ampliación ha permitido producir contenido original en distintos formatos. El funcionamiento se centra en el aprendizaje de una enorme cantidad de datos mediante los cuales crean textos, imágenes, música y videos que parecen generados por inteligencia humana. Entre estos modelos se encuentran los chats conversacionales, el popular Chat GPT y DALL·E.

Según confirman investigadores de la Universidad Internacional de La Rioja (UNIR), de México, la IA también ha logrado impactos en áreas como la robótica, la medicina, la educación, el transporte y la logística. En el importante sector sanitario, por ejemplo, se han desarrollado tecnologías para la detección de enfermedades, la investigación clínica y el análisis de perfiles genómicos para recomendar terapias adaptadas al paciente.

El futuro de la inteligencia artificial aún reserva varios cambios en múltiples sectores. Para muchos, uno de los mayores retos radica en su uso indiscriminado en la formación académica, por la inducción del facilismo en los procesos de enseñanza y aprendizaje, y la consiguiente pérdida del rigor educativo. A partir de la Estrategia para el Desarrollo de la IA, los expertos de nuestro país ya investigan el tema para que prime el componente ético. No se trata de negar los avances y oportunidades de esta tecnología, sino de aprovecharlos con responsabilidad.



BITÁCORA

# La «Venecia de Cuba» susurra al mar



Por Félix A. Correa Álvarez  
Fotos: Mario Gutiérrez

Bitácora en mano, mapa abierto y un destino marcado con terquedad, llegué a Isabela de Sagua como quien persigue una intuición más que un lugar. No era solo un punto en la geografía: era una promesa. El camino parecía conducirme hacia un sitio donde algo —el tiempo, la memoria o el mar— se había quedado detenido. Y así fue: antes incluso de poner un pie en sus tablas, ya tenía la sensación de estar entrando en una historia que no termina de irse.

Hay lugares donde el tiempo no pasa: se queda. Se sienta en los muelles, se cuele entre las tablas viejas y respira en la sal. Isabela de Sagua es uno de esos sitios. A apenas unos kilómetros de Sagua la Grande, este pueblo costero parece suspendido entre la memoria y el agua.

Dicen que antes de llamarse así fue «Las Congojas», allá por 1844. También dicen —porque en Isabela todo empieza con un «dicen»— que su nombre pudo nacer de un grito de marineros: «¡Isa, la vela!». Otros prefieren una versión más solemne: un homenaje a Isabel la Católica, la misma que hizo posible el viaje de Cristóbal Colón. Entre mito y certeza, el pueblo eligió quedarse con todas las historias.

Al principio, Isabela era apenas una calle. Lo demás era agua. Puentes de madera conectaban casas levantadas sobre pilotes, como si el pueblo hubiera decidido flotar antes que hundirse. Por eso muchos la llamaron la Venecia de Cuba: no por sus góndolas —que nunca tuvo—, sino por esa obstinación de convivir con el mar.

Luego vino el esplendor. El puerto, abierto al comercio internacional en el siglo XIX, convirtió a Isabela en un punto clave del norte cubano. Ocho buques podían atracar al mismo tiempo; cientos lo hacían cada año. Sacos de azúcar, mieles

y alcohol salían hacia el mundo mientras el pueblo crecía al ritmo de las mareas.

Pero toda prosperidad deja ecos. Hoy, entre los restos de antiguos almacenes y muelles, aún parece escucharse el bullicio de aquellos días. Y también otros sonidos: pasos lentos en la noche, voces que discuten, cadenas invisibles. Las leyendas hablan de cofres enterrados, de piratas que eligieron estas costas para esconder oro y desaparecer en el horizonte.

La vida en Isabela siempre ha estado atada al mar. Pescadores que salen al amanecer, redes que regresan cargadas —o no—, historias que se cuentan al caer la noche como si fueran parte del oleaje. Durante generaciones, el mar fue sustento, escuela y destino.

Pero también ha sido prueba. Huracanes, crisis, migraciones. El pueblo que una vez conectó rutas comerciales hoy enfrenta el silencio de calles vacías y casas que resisten como pueden. Muchos se han ido; los que quedan sostienen la memoria.

Y, sin embargo, Isabela no desaparece. Se transforma. Entre proyectos de restauración, intentos de rescatar su patrimonio y nuevas formas de vida, el pueblo insiste en seguir siendo. Porque aquí, incluso en la ruina, hay belleza.

Isabela de Sagua no es solo un lugar: es una sensación. Es el crujir de la madera, el olor a salitre, la sospecha de que bajo la arena aún duerme un tesoro. Pero, sobre todo, es la certeza de que cada pueblo guarda su historia... y algunos, como este, la susurran constantemente al oído del mar.

Y mientras cierro esta página de la bitácora, entiendo que ningún viaje termina realmente: apenas se interrumpe. Porque, así como Isabela de Sagua guarda en sus muelles la memoria de un esplendor que el mar aún susurra, también hay otros puntos en el mapa esperando ser tocados, leídos, sentidos.

